

vuelve Leduc con golpeante silencio

● ANA MELENDEZ CRESPO

de un argumento del propio director.

Al espectador habituado a profusos diálogos cinematográficos, con frecuencia inútiles, Dollar mambo lo va dejar hasta con miedo a reír en la sala, por aquello de que pueda romper el silencio narrativo de la pantalla. Al menos así sucedió el día de la función de prensa en la Cineteca, donde, ante las varias escenas irónicas, sólo dos o tres carcajadas resonaron solitarias en medio de la mudez colectiva. Claro que también el relato constriñe el estómago. Y en ese caso, callar viene por añadidura.

Si esta película se impone, se debe a que los latinoamericanos nos cala hondo la agresión del norte y la actitud complaciente de muchos vendedpatrias.

A fines de 1989 todos fuimos testigos, vía las imágenes televisadas, de la irrupción armada de los marines a Panamá. El pretexto fue apresar al entonces presidente Manuel Antonio Noriega a cambio de imponer a Guillermo Endara con la bendición del gobierno estadounidense. Que hubo masacre entre el pueblo panameño, lo atestiguan los medios de comunicación. Luego, los invasores abundaron en otros abusos. De uno de esos se ocupa Leduc.

La historia fílmica se ubica en un cabaret llamado, metafóricamente, Panamá. Un ventrílocuo y su muñeco, a través de un ingenioso juego de palabras, llega a la conclusión de que, pese a la invasión, parece que no ha pasado nada.

Los clientes habituales del Panamá son trabajadores de la zona muellera del canal. Gente misérrima que bebe cerveza y gusta del mambo. Por corte, en un recorrido la cámara nos muestra al actor

Roberto Sosa quien, a rape, lleva configurada en la cabeza la bandera de las barras y las estrellas. Interpreta a un velador de bodegas de artículos electrónicos. De día, el muchacho deambula observando tras altísimas alambradas, las zonas panameñas reservadas a los USA. De noche hace rondas en la bodega, entre pilas y pilas de cajas, cuyas marcas menosprecian con enormes letras al idioma español: Panasonic, Sonny, Technica, etcétera. Y observa extasiado una lámpara cristalina que emite brillantes rayos de colores; producto de importación, por supuesto.

En escena paralela regresamos a la bodega. Varios hombres embosados penetran a robar en complicidad con el velador, actuado por Sosa. Sólo se escuchan los ruidos que hacen los empaques al ser sustraído su contenido.

Radiograbadoras, armónicas y audifonos, son el botín. Sosa pone la mejilla para recibir un golpe intencional que haga creble el asalto. Amordazado y atado por sus cómplices, sólo puede hacerles señas con los ojos para indicarles que también se lleven la lámpara que tanto le gusta. Pero ellos, ni lo miran y escapan.

Más tarde los supervisores, al descubrir el robo, desconfían del velador. Le esconden un arma en la cara, pero el muchacho, suplicante, sólo recibe otros golpes. Un mambo de Pérez Prado conduce luego a un patio de vecindad. En recorrido visual y sonoro por los ladrones es cómico. Uno, contoneándose, sostiene su flamante grabadora en mano, otro toca la armónica y uno más gesticula con los audifonos puestos.

Esa misma música regresa al espectador a las bailarinas del cabaret, ahora vestidas de lujo en pleno espectáculo. Los sensuales cuerpos en ondulante movimiento y el pegajoso ritmo tienen boquiabiertos al público carpero, simbolizado en un par de míseros bebedores de cerveza.

Repentinamente, un corte conduce a un exterior de los muelles donde se ven flamares a lo lejos, mientras truenan en el espacio sonoro. De vuelta aparece la carpa, en cuya pista con un helicóptero de juguete en vuelo se sugiere que la invasión estadounidense ha comenzado.

En otra escena paralela, el caso de un viejo barco es la metáfora de las barracas habitacionales de los trabajadores del canal. Ahí tiene lugar el encuentro amoroso entre el velador y la mulata del muelle, actuada por Dolores Pedro. En tanto, han irrumpido al cabaret, los invasores, enfundados en sus uniformes leopardo y cubiertos con máscaras antiguas. La visión de los nuevos parroquianos es grotesca.

El espectáculo se aprovecha para repudiar a los clientes verdosos y negarse a divertirlos. Obligado por el elenco, el travesti interpretado por Tito Vasconcelos, sale al escenario para bailar eróticamente con un gorila de peluche. Eufóricos, los soldados jalonean al actor hasta que lo despojan de sus postizos. Y, entonces, le propinan brutal golpiza. La metáfora de la invasión remata con fuerza en el foro. Las rumberas desaparecen para dar paso a unos infantiles bailando swing.

Apoderados los estadounidenses plenamente del país, no faltan las manifestaciones. Unas son de repudio con carteles de "Yanquis, go home", y otras son de servilismo crio-

llo: "Bienvenidos, USA".

La cruel vejación que motiva la política se describe en una de las últimas escenas. La compañera del velador llega de improvisa a la carpa; los soldados pretenden violarla, pero ella en acto de valentía se quita la vida antes que permitir esa bárbara humillación.

El epílogo de esta historia de la realidad se evoca en dos escenas. El foro tiene nueva escenografía: los chillantes colores del Istmo cambiaron por múltiples banderas con barras y estrellas y gigantescas reproducciones de billetes de un dólar. Las rumberas vuelven a bailar, pero ahora para clientes burgueses. Y el ventrílocuo negro del inicio, cierra el relato dirigiéndose con sarcasmo a su muñeco: "No, si aquí no ha pass'o na'".

Y dice Paul Leduc retomando una nota periodística: El castigo militar a los marines por la muerte de la mujer del cabaret, fueron unos días de suspensión. □

SILENCIO y música, nada más. Las palabras están sobrando para referir la ignominiosa invasión estadounidense a Panamá. Acazo un breve diálogo para abrir boca entre un ventrílocuo mulato y su desvendado muñeco, tan negro como su dueño. Y eso, sólo para saber: "Oiga, ¿y de qué vamo'a hablar? No, po' no vamo'a hablar. Si aquí no ha pass'o na'a".

El genial Paul Leduc no necesita más que imágenes, gestos, risas, actitudes, acciones, sonidos ambientales, corporales, mambo y, de refilón, swing. Y, por título, un coctel gringo-criollo: Dollar mambo. Todo, para hablar sin hablar de hechos reales dados a conocer en la prensa internacional el 5 de abril de 1990, relacionados con el impune asesinato de una mujer en un cabaret panameño, por marines, durante la invasión de Estados Unidos al país istmeño.

Sorpresivamente, y para privilegio de los mexicanos que nos habíamos quedado muy atrás desde Frida, naturaleza viva (1983), la Cineteca Nacional nos devuelve a Leduc en el marco de la XXVI Muestra Internacional de Cine. Y es que el cineasta se había ido de México. Por allá, en España, filmó Barroco, en 1988, y Latino Bar en 1990.

Con Dollar mambo (1993), Leduc regresó a filmar en escenarios naturales versucruzanos, con un financiamiento nacional e internacional múltiple, entre ellos del SNTTE, el IMSS, Tabasco Films, Universidad de Guadalajara, Ministerio Francés de la Cultura, Canal Cuatro de Inglaterra y el editorialista Arturo Whaley.

El guión, porque aun cuando en imágenes y música hay una fuerte historia, se debe a Jaime Avilés, José Joaquín Blanco, Héctor Ortíz y Juan Tovar, quienes partieron